

QUINCE AÑOS DE LUCHA

Por SANTIAGO P. MINETTI

En diciembre de 1824 la victoria de Ayacucho coronó los esfuerzos emancipadores de la América Meridional.

Quince años había durado la lucha definida en la llanura de Ayacucho al pie del majestuoso Condorcunca.

En ese glorioso período, América dio a su historia páginas inmortales, como Las Piedras y San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, Bomboná y Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho.

A las hazañas militares, los nombres gloriosos de Artigas, San Martín, Bolívar, O'Higgins y Antonio José de Sucre, el general de 29 años que, en Ayacucho, recibió con la victoria el bastón de Gran Mariscal. Nadie lo ganó con mejor derecho, ni lo honró con vida más llena de grandeza.

Sucre es una de las figuras más puras de la independencia americana y su muerte, asesinado en las montañas de Berruecos en las cercanías de la ciudad de Pasto, a los pocos años de su hazaña y cuando el héroe buscaba la tranquilidad del retiro hogareño, fue herida abierta en el corazón de América.

América y el mundo, conocieron en aquellos años de dura lucha emancipadora episodios que asombraron, llevados a cabo por los improvisados pero heroicos soldados de la independencia.

El Paso de los Andes del Sur por San Martín y de los Andes del Norte por Bolívar, páginas de epopeya que coloca a los dos grandes Libertadores en la galería de los más grandes jefes de la epopeya americana que cabe destacar.

Otros cruzaron cumbres y desafiaron precipicios para someter, conquistar y anexar territorios, conducidos por un afán imperialista y egolátrico; Bolívar y San Martín traspasaron las crestas de los Andes, helaron sus cuerpos en el frío de las nieves eternas y sufrieron temporales de esas nieves y de los vientos huracanados, llevando en alto la bandera de la libertad, rompiendo cadenas coloniales y concediendo a las nacionalidades emancipadas, el derecho a disponer conforme a su voluntad soberana de la conducción de sus propios destinos.

Y al lado de estos hechos de tanta grandeza, algunos otros; el de Ricaurte en la inmolación de su persona para no entregar el parque del ejército patriota, el

de O'Higgins, abriéndose paso, sable en mano, entre las filas apretadas del poderoso ejército español que lo sitiaba en Rancagua y acá, en nuestro Uruguay, en la Banda Oriental de entonces, el ejemplo de un pueblo rememorando episodios bíblicos, en una inmensa caravana por los campos de la patria, alejándose de sus hogares, quemando sus pertenencias, mientras a lo largo del camino que lo llevaba al Ayuí, se desangraba en combates contra el invasor. Y en las filas, hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes; ¡un pueblo! con sus fatigas y sus dolores, pero erguido en la viril actitud de no renunciar a la libertad y fuerte en la esperanza de volver a ella...

Y si asombra el Exodo, asombra el Héroe que carga en gloria y anuncia los recios perfiles de un Conductor.

En el Exodo ya conducía en sus hombros ¡a la Patria! y con la patria, inconfundible el nacimiento del Estado Oriental, con su jefe a la cabeza nominado por acto directo y soberano de sus conciudadanos en Asamblea histórica.

Y no sólo luchas, derrotas y victorias, esfuerzos y sacrificios heroicos en la emancipación.

América, por intermedio de sus libertadores, adelantó ideas y conceptos de unión internacional que iban a ser los primeros que el mundo escucharía asombrado de aquellos pueblos, en cuyas tierras aún ardían los fogones encendidos en sus campamentos militares y fue en ese período y en América, en que por la voz y el talento de sus Caudillos se afirmó a la libertad y a la República Democrática Representativa, como el objeto primario de la Revolución de sus pueblos.

¡Qué grandeza! que en aquella hora en que las naciones más poderosas y cultas de Europa se unían para imponer el absolutismo político de sus testas coronadas y tejían los alambicados hilos de sus alianzas para ayudarse en la pretendida recolonización de sus perdidos imperios coloniales, aquí en América, la elocuencia de Bolívar proclamará la formación de un organismo interamericano, para establecer la unión, la paz y la seguridad soberana de las nuevas nacionalidades que reunidas en Panamá, aprobaron los históricos Protocolos del Istmo, primer intento de crear sobre la base de la hermandad fraterna la Patria Grande que determina el destino feliz de nuestros pueblos.

Y grandeza y asombro que en esta América en plena lucha emancipadora en lo ardiente de esta lucha, en horas por tanto más propicias a imponer la voluntad y la jefatura personal del caudillo, aquí, en la voz elocuente de Bolívar rayando a la altura de un gran tribuno parlamentario se hayan proclamado principios de organización de gobierno en los que la República ocupaba el primer lugar.

Pero fue en el Río de la Plata, en esa pieza oratoria que es el cimiento de su gloria de estadista, en nuestro Uruguay, donde se escucha a través de Artigas, en la Oración de Abril de 1813, el enunciado de conceptos que integran la esencia misma de la democracia con los que el Héroe se anticipa en más de cien años en el enunciado de principios que serían las banderas y esencias de la democracia que comenzó a extenderse por el mundo.

Pero no se trata sólo de conceptos: las Instrucciones del Año XIII de Artigas constituyen un conjunto de normas sobre las cuales, en 1813, se habría dado forma

a una organización republicana-democrática-representativa, además con relaciones económicas que aseguraran el sistema federal que se adoptaba, como aún no se había dado en otras partes.

El aniversario de Ayacucho trae a la memoria todo lo grande, lo noble, lo puro y lo heroico de esos quince años de lucha por la emancipación que Sucre sella con una capitulación tan honrosa y generosa como lo merecía sin duda la Madre Patria; madre de nuestras ciudades, villas y aldeas, madre de nuestra lengua y cultura, madre de nuestra religión y costumbres y la que puso en el torrente sanguíneo que circula por las arterias de nuestras patrias criollas, la nobleza y la hidalguía de la raza y que nos diera con sus propios ejemplos —con el mensaje supremo de su victoria en Bailén— de cómo ha de lucharse por la libertad y soberanía.

Aquellos quince años de lucha se cierran para la mayoría de las nacionalidades de América meridional el 9 de diciembre de 1824.

Quedaba aún en el sistema colonial, nuestra patria sometida al dominio, primero portugués y luego brasileño. Su libertad incorporaría al historia de la independencia americana nuevos hechos gloriosos de deslumbrante coraje como el Desembarco del 19 de Abril de 1825 y nuevas asombrosas afirmaciones de principismo democrático, como las contenidas en nuestra Declaración de Independencia.

Así surgió América a la libertad y, en la libertad, encontrará su destino.